

de lo que nada era capaz de distraerlo, aún cuando para apartarlo algo de aquel dominante pensamiento, se le mandaba por el maestro de novicios que bajara algunas horas á la huerta; pues allí mismo la vista de las plantas y flores elevaba su espíritu al Criador. Aunque aquella abstracción no le impedía la observancia exacta de las Reglas y actos de comunidad, juzgando el P. Provincial, que aunque muy santo su espíritu no era apropiado para los ministerios de la Compañía, pensó en despedirlo, y con tal objeto pasó personalmente al noviciado; pero examinado allí por él detenidamente, viendo su sólida virtud, y además oída la opinión del rector de la casa, que lo era el P. Bellido, varió de parecer, por la poderosísima razón de que si no era útil para los ministerios apostólicos, lo sería en mucho grado como espejo de santidad en los colegios en que residiese; pues como dice su biógrafo, si en la Iglesia no solo son beneméritos los Antonios y Javieres, sino también los Alejos ocultos bajo la escala doméstica, no había motivo para privar de aquellos ejemplos á una religión, aún de Instituto apostólico. Sea lo que fuere de esta opinión, lo cierto es que este nuevo Luis Gonzaga de la Provincia mexicana, en medio de aquella su constante y no interrumpida unión con Dios, se dedicó á los estudios con grande aprovechamiento, siempre en un retiro como si viviese en la Tebaida, de manera que concluida su educación literaria se le dió á su tiempo la profesión de cuarto voto; grado que lo constituía apto para todos los ministerios del Instituto. Pero el Señor no quiso servirse de él en ninguno de ellos: fué maestro de gramática en Puebla y en San Ildefonso, y operario del Colegio de indios de San Gregorio; mas agitado por tantos escrúpulos, así en la instrucción de los niños, como en el confesionario, se hizo necesario para que pasase una vida más tranquila mandarlo á una de las fincas rústicas de San Pedro y San Pablo, dejándolo entregado á su espíritu contemplativo; aunque nunca al grado de que allí mismo dejara de contribuir á la salvación de los operarios, de todos los cuales era tenido por Santo, ya reuniéndolos en el templo concluidos sus trabajos, para rezar con ellos el rosario diariamente, y devotas novenas en las festividades principales, agregando lecturas piadosas para instruirlos en las virtudes cristianas, á las que también los excitaba con santas conversaciones; verificándose así, por el buen olor que de sus virtudes se difundió en la Provincia, el anuncio hecho desde su noviciado de que, sino en otra cosa, sería útil á la Compañía por la insigne santidad de su vida. En esta situación sobrevino el año de 1767, en que tuvo que caminar al destierro con los demás Jesuitas, siempre tan abstraído de las cosas humanas y tan unido á Dios, que ni quiso admitir la limosna que un hombre rico y benéfico le hacía de cien pesos para auxiliar sus necesidades,

diciéndole que no quería depender sino de la Providencia Divina, ni perdió su acostumbrada tranquilidad y retiro interior en las muchas tribulaciones y peligros en que se vió por mar y tierra en unión de sus demás hermanos. Llegado á Bolonia se le remitió á Ferrara, en cuya ciudad puede decirse estableció su Tebaida, pues enteramente retirado de los hombres, ó permanecía encerrado en su aposento, ú orando en el Oratorio doméstico. Su único consuelo era la compañía de su hermano el P. Ramon; pero aún de éste quiso privarlo el Señor, como principio de las grandes mortificaciones con que iba á probar su paciencia, porque cierto día, hallándose aquel algo enfermo y sin el menor peligro, en la opinión de los médicos, le oyó exclamar repentinamente: "Javier, me muero, auxiliame presto;" y así fué, porque momentos despues espiró. En aquel gran motivo de duelo, el P. Rivero, no dió muestra alguna de dolor, y solo se ocupó en pedir oraciones á todos cuantos veía por el eterno descanso del finado. Poco tiempo permaneció despues en Ferrara; porque tanto por aquella grave pesadumbre, que aunque sufrida con heroicidad no podía dejar de obrar en su salud, como porque el clima no le era favorable, se hizo necesario que regresara á Bolonia. Abolida la Compañía, pasó á vivir con otro pariente suyo de virtuosas costumbres; pero que tocando á la decrepitud se había hecho tan molesto á todos sin excepcion, que á su mismo allegado en sangre lo despidió violentamente de su casa, sin consideracion ninguna, ni á su ejemplar conducta, ni á la mansedumbre con que en todas las cosas lo servia y se esmeraba en darle gusto. Salido de allí se le proporcionó alojamiento en la habitacion de una mujer anciana, que vivía con su hija, de un carácter tan impetuoso, que á pesar de serle pagado el arrendamiento con mucha puntualidad, por las acciones más insignificantes, mortificaba á nuestro Rivero, ya porque se paseaba en su cuarto, ya porque hacia ruido aunque corto con algun mueble, ya en fin hasta porque avanzada la noche tenia luz, á pesar de que el pacientísimo varon pagaba aquel gasto: tantas fueron las molestias que sufrió, que habiendo muerto la imperiosa anciana, ocho dias despues del P. Rivero, su hija, testigo doméstica de lo que aquel había sufrido, decia llorando: "solo ocho dias sobrevivió mi madre á ese sacerdote humildísimo á quien le causó las mayores molestias." Para aliviar en parte aquellos sufrimientos, pasó á hacerle compañía otro Jesuita, su paisano no ménos respetable, el P. Miguel Gadea, que moró con él algunos años; más este consuelo también le llegó á faltar, por su muerte, que lo dejó otra vez en su soledad y duelo. Poco sobrevivió á este último pesar: atacado de un mal crónico y doloroso, conoció que su fin se acercaba y ya solo pensó en prepararse para su próximo camino á la eternidad. En tan tristes circunstancias, que se reagra-

vaban para el pésimo carácter de su huésped, no le faltó la Providencia, pues como hubiese llegado á noticia de un piadoso vecino de la ciudad, que mil veces habia admirado la modestia y demás virtudes del casi moribundo Jesuita, el estado en que se hallaba, lo hizo trasladar á su casa; donde llegando á su colmo la enfermedad, fortalecido con los últimos Sacramentos y premiado del cielo por aquella ejemplar paciencia, con una tranquilidad grande de espíritu, de que habia carecido durante su vida, por los escrúpulos y el sumo temor de su salvacion, pasó á la inmortalidad el 17 de Febrero de 1787. Su cadáver fué sepultado honoríficamente en la Parroquia de Sta. María Magdalena, y hubo grande empeño en solicitar los más pequeños fragmentos de su vestido, como monumento precioso de un varon tan amado de Dios.

A esta pérdida tan sensible para los mexicanos, siguió á poco otra no ménos dolorosa á ellos que á los amantes de las ciencias: la del P. Francisco Javier Clavijero, hombre de reputacion europea, y el honor de nuestra pátria: nació en Veracruz en 9 de Septiembre de 1731 y fué el segundo de los tres hermanos que abrazaron el Instituto de la Compañía de Jesus; el mayor que murió en México antes de la expulsion, y el P. Ignacio que sobrevivió muchos años á la destruccion de la Orden y recibió de mano del Sr. Pio VII en 1814 un ejemplar de la Bula de su restablecimiento. Nuestro Francisco Javier logró una educacion muy esmerada, como sus demás hermanos; pero sus mayores talentos le hicieron adquirir conocimientos más variados que ellos: desde sus más tiernos años aprendió de viva voz los idiomas indígenas, mexicano, otomí y mixteco; y como su padre D. Blas era hombre muy ilustrado, y habia servido varios empleos de corregidor en diversos pueblos, no solo le inspiró como á sus demás hijos el amor al estudio, sino que desde entonces se advirtió en Francisco Javier cierta inclinacion y curiosidad en registrar los monumentos históricos de nuestros indios donde quiera los hallaba: aprendió tambien con perfeccion el idioma latino, retórica y humanidades, filosofía y teología en los colegios de S. Jerónimo y S. Ignacio de Puebla, y privadamente las matemáticas de Tosca y la música. Su aficion á la lectura era tal, que contando apenas diez y siete años de edad, á más de los estudios que hemos referido, le eran familiares en castellano las obras de Quevedo, Cervantes, Feijoo, Sor Juana Inés de la Cruz y otras. Con tales elementos vistió la sotana de la Compañía en 13 de Febrero de 1748, y concluido su noviciado que hizo con mucho aprovechamiento en la virtud, á los veinte años pasó al Colegio de Puebla, donde se perfeccionó en la filosofía con las obras de Descartes, Leibnitz, Newton y otros modernos: aprendió allí tambien las lenguas griega y hebrea, y perfeccionado en los idiomas indígenas, escribió una doctrina cristiana y

una coleccion de oraciones en veinte lenguas ó dialectos indios: supo igualmente con notable perfeccion el alemán, inglés, francés, é italiano, siendo este último en el que publicó sus principales obras. En la Provincia dió lecciones de filosofía moderna en los colegios de Valladolid y Guadalajara, y en el de S. Ildefonso de México se ocupaba, siendo ya sacerdote y profeso de cuarto voto, en la reforma de los estudios, poniéndolos al nivel del sistema que se seguía en Roma por los Jesuitas. En este Colegio le fué intimado el decreto de extrañamiento, y en union de sus hermanos pasó á Bolonia, en cuya ciudad permaneció hasta la abolicion de su Orden. Despues de este golpe que le fué muy sensible, se estableció primero en Ferrara, donde formó una Academia literaria con varios de sus hermanos desterrados y otros literatos, ocupándose además en registrar la famosa biblioteca del conde Aquiles Crespo; y como en ella y despues en Bolonia, Módena, Florencia, Venecia, Milán, Roma y otras bibliotecas y museos que visitó, se encontrara con muchos manuscritos, mapas y pinturas de los antiguos mexicanos, se propuso realizar el proyecto que ya habia concebido en México donde existian muchos papeles de esa clase en el Colegio de S. Pedro y S. Pablo, como lo verificó, publicando en italiano su famosa *Historia antigua de México*, que dedicó á nuestra Universidad. La obra fué recibida con aplauso en el antiguo y nuevo mundo, y su autor recibió cordiales y espontáneas felicitaciones de los hombres más doctos de aquel tiempo: tradújose luego al francés, y más tarde al inglés, alemán y á los principales idiomas de Europa: solo se mostró oposicion á que corriese en castellano, no por otra razon acaso que por ser obra de un Jesuita, suerte que sufrieron otras muchas importantísimas, solo por ese motivo: escribió tambien en italiano una historia de la Baja California y otra de Ntra. Señora de Guadalupe de México. La vida pública y privada de nuestro Clavijero siguió el mismo órden que sus trabajos literarios: bajo el traje de clérigo secular fué siempre un verdadero Jesuita, adquiriéndose por sus virtudes la estimacion general de propios y extraños. Acometido de una mortal enfermedad, falleció en Bolonia con sentimiento universal, á 2 de Abril de 1787. Su entierro se hizo con gran solemnidad en la parroquia de los Santos Cosme y Damian, siendo despues trasladado al templo de Sta. Lucía, que perteneció á los Jesuitas. Dice el literato D. José Joaquin Pesado autor del artículo del *Diccionario Universal*, que hemos extractado. "Todavía México no ha erigido un solo monumento á su desterrado y proscrito historiador, ni en Veracruz, su país natal, hay una sola inscripcion que lo recuerde. Esta suerte es la que por lo comun acompaña á los hombres desinteresados y verdaderos amantes de su país; el tamaño de sus servicios sirve de medida á la indiferencia de sus compatriotas. ¡Pe-

ro qué importa? La fama de Clavijero está vinculada en sus escritos, y las historias que escribió, son el monumento indestructible de su gloria. La de México, dice uno de sus biógrafos, ha sido el manantial de todas las noticias exactas que los escritores nacionales y extranjeros han publicado sobre la arqueología de nuestro país, aprovechándose muchos de esta obra verdaderamente clásica, para pasar por eruditos, sin nombrar siquiera á nuestro ilustre autor, ni ofrecer el homenaje tan justamente debido á su memoria.”

El P. Francisco Javier Alegre, autor de la historia de la Compañía de Jesus en Nueva España, cuya obra, justa y universalmente celebrada, continuamos; teólogo sapientísimo, matemático consumado, poeta latino ingenioso, inimitable traductor de la Iliada de Homero, y uno de los más incansables y literatos escritores que tuvieron los Jesuitas en el siglo pasado, nació en la ciudad de Veracruz á 12 de Noviembre de 1729, donde recibió la primera educación y estudió gramática latina: concluida ésta cursó filosofía en el Colegio de San Ignacio de Puebla, y despues en México el derecho canónico, mereciendo los primeros lugares en todos estos estudios. En 19 de Marzo de 1747 tomó la ropa de la Compañía en Tepotzotlan; y durante su noviciado aprendió de memoria varias obras místicas, entre ellas las del famoso P. Fr. Luis de Granada: hechos los votos del bienio se dedicó á la lectura de los autores latinos del siglo de oro, y enseñó latinidad y retórica en el Colegio Máximo de México: en seguida estudió teología, consultando siempre á los escritores clásicos, Sto. Tomás, Escoto, Suarez y Petavio. En la Habana enseñó filosofía y al mismo tiempo con las lecciones del P. Alaña aprendió la lengua griega, matemáticas y el inglés; el italiano y francés ya le eran conocidos desde el noviciado y nuestro idioma mexicano le fué tan familiar, que muchas veces predicó en él á los indios. A los siete años de residencia en aquella Isla pasó á Mérida de Yucatan á ocupar la cátedra de cánones en aquella Universidad, donde pasado algun tiempo se trasladó á México al Seminario de San Ildefonso á escribir la crónica de la Provincia. De allí salió desterrado con sus demás hermanos y despues de su penoso viaje, en el que se vió á riesgo de ahogarse, como se ha escrito en otra parte, llegó á Bolonia donde continuó sus estudios y la enseñanza de los Jesuitas jóvenes á quienes enseñó las bellas letras, las matemáticas, la lengua griega y las otras vivas que poseía y escribió la mayor parte de sus obras, apreciadas todas y con razon por los más distinguidos literatos europeos de aquella época, cuyos trabajos le ocuparon lo restante de su vida. Todos ellos, sin embargo, dice su biógrafo, eran verdaderos entretenimientos del sábio Alegre, cuya principal ocupacion fué el estudio de las Sagradas Escrituras, Santos Padres, Concilios, Teólogos é historiadores

eclesiásticos. A él se habia dedicado desde su primera juventud, y á él consagró exclusivamente los últimos diez y ocho años de su vida. En medio de las difíciles y varias tareas que llenaban su tiempo, ya en el púlpito, ya en el tribunal de la penitencia, ya en la enseñanza de la juventud, estudiaba dia y noche los principios fundamentales de la teología, investigando con incansable teson las verdaderas interpretaciones y el genuino sentido de los más controvertidos puntos del dogma, la historia, mutaciones y estado presente de la verdadera disciplina eclesiástica; comparaba, consultaba y volvía á leer sin descansar nunca en tan gloriosa empresa, hasta que venciendo las dificultades que ella presentaba, formó los diez y ocho libros de sus “Instituciones teológicas,” que se imprimieron un año despues de su fallecimiento en siete tomos de 8º mayor.—Esta obra selló de un modo indeleble la reputacion que ya disfrutaba el ilustrado Alegre, adornando sus sienes con la preciosa corona de la gloria literaria. En efecto, basta leer el tercero de sus prolegómenos en el tomo 1º, para conocer la vasta erudicion, crítica y juicio del recomendable autor de las “Instituciones.” En todas ellas resplandecen los más sólidos y firmes principios de la religion cristiana; las verdades fundamentales, las decisiones de la Iglesia y de los concilios, todo escrito con un estilo tan bello y hermozeado, tan apropiado con las flores de la más pura elocuencia, que hace muy digno á nuestro veracruzano del sublime renombre de verdadero sábio, excelente orador y consumado teólogo. Además de las obras citadas escribió otras veinte sobre diferentes materias; todas con su acostumbrada maestría y descubriéndose siempre la fecunda pluma y el talento nada comun de que estaba dotado.” Tantos estudios desde sus primeros y tiernos años, á los que se agregaron las aficciones y disgustos, consiguientes á la expatriacion, destruyeron su salud, al grado de que en el último tercio de su vida por dos diversaa ocasiones padeció violentos ataques de apoplejía. Pero habiendo sobrevenido el tercero, no pudo ya resistirlo, y falleció el 16 de Agosto de 1788 cerca de los cincuenta y nueve años de edad: su cadáver fué sepultado en la iglesia de S. Blas de la ciudad de Bolonia. “Literato distinguido, escritor ilustrado, sacerdote respetable y buen ciudadano, el P. Francisco Javier Alegre cumplió su mision sobre la tierra, honrando su nombre y su país en la culta Europa y dejándonos grandes ejemplos que imitar.” Así termina el elogio su biógrafo en 1838.

Del P. José Vallarta, á quien ya hemos citado como uno de los defensores de la Santa Sede, diremos únicamente lo que se halla en el “Diccionario Universal.” Fué natural de Puebla y de una de las casas más distinguidas: nació el 18 de Julio de 1719: tomó la sotana de la Compañía en 27 de Octubre de 1734, en la que hizo la profesion solemne en 1751: fué uno de los hombres más sábios que